

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

18 de julio de 2021

Por un buen servicio sanitario y accesible a todos



Discurso del cardinal Turkson en la primera parte del iv Encuentro mundial de los movimientos populares

Protagonistas del cambio

BENEDETTA CAPELLI

Un cambio que proviene de una vida vivida en armonía con la Creación, bajo el signo de la ecología integral, respetando los derechos de los pueblos indígenas, persiguiendo el bien común. Así lo indicó el cardenal Peter Turkson, Prefecto del Dicasterio para el Servicio del De-

más humildes y marginados fue el punto de partida del debate en el que participaron, informa el dicasterio vaticano, «chamarileros, recicladores, vendedores ambulantes, diseñadores de moda, artesanos, pescadores, agricultores, constructores, mineros, trabajadores de empresas recuperadas, cooperativas de todo tipo, trabajadores de sectores

trabajo- criterios fundamentales para la justicia social. Desde Brasil, India y España llegaron los testimonios de los que están en primera línea.

A ellos, pero no sólo a ellos, el cardenal Turkson les pide «un cambio de corazón», que nace de haber encontrado el dolor de los que sufren la injusticia, reconociendo el rostro de

para ellos el orden económico social justo».

«Los retos a los que nos enfrentamos», subrayó el prefecto, «no pueden afrontarse en solitario. Necesitamos la solidaridad entre nosotros, que es la base de una cultura popular que parte de las periferias, creando un nivel muy profundo en las relaciones entre las personas, promo-

no con fanatismo y violencia. Un reto que hay que afrontar con respeto a la propia diversidad, como sugiere el Papa cuando pone el ejemplo del poliedro para alcanzar, siguiendo caminos diferentes, un mismo objetivo. Por lo tanto, devolver la vitalidad también a la propia política, yendo «más allá de las formas paternalistas de asistencia y revigorizando las estructuras de gobierno local, nacional e internacional que permitan a los miembros de los movimientos populares convertirse en verdaderos protagonistas del bien». «Promovemos y profundizamos el proceso de cambio como resultado de la acción de la gente», defendiendo «el trabajo decente, luchando por crear empleos dignos a través de la inclusión y promoviendo una economía comunitaria y social que proteja la vida de las comunidades en la que la solidaridad prevalezca sobre el beneficio».

«Luchamos contra la cultura de la indiferencia» y «mientras perseguimos nuestra propia dignidad, también protegemos la de los demás».



Desarrollo Humano e Integral, en el cuarto Encuentro Mundial de Movimientos Populares que se celebró online la tarde del 9 de julio. Se trata de un primer encuentro con vistas al de septiembre, una oportunidad para compartir el trabajo y las luchas de los Movimientos Populares durante la pandemia, para dialogar con el Papa Francisco sobre las conclusiones de los encuentros mantenidos y para escuchar su mensaje.

Reflexionar sobre el impacto del virus en los trabajadores

populares, trabajadores cristianos pertenecientes a diferentes sectores y profesiones, trabajadores de barrios y pueblos... que practican la cultura del encuentro y caminan juntos».

Un encuentro para dar «voz y visibilidad» a las preocupaciones de quienes se sienten marginados y que, en cambio, deben tener garantizados sus derechos, como ha subrayado el Papa en los tres encuentros anteriores (Vaticano, 2014 y 2016; Santa Cruz de la Sierra, 2015), en particular las tres T -tierra, techo y

los frágiles y marginados llamados a reaccionar.

El cardenal insta a comprometerse, a actuar con urgencia «para poner la economía al servicio de la persona» para hacerla «justa».

«Los pobres», dice, «no sólo sufren la injusticia, sino que también luchan contra ella. Y esto es fundamental para el Movimiento Popular, que no sólo representa al pueblo que lucha contra los que sufren la injusticia, sino que también es el grupo que busca establecer

viendo la integración en la sociedad».

La solidaridad como adhesivo y principio para llevar las estructuras desiguales de la sociedad hacia la igualdad y hacia la justicia, la solidaridad social, la paz. «Estamos haciendo historia»: añade el cardenal Turkson, llevando a cabo una lucha que pretende superar las causas estructurales de la pobreza y la injusticia, persiguiéndola -como ha indicado Francisco en repetidas ocasiones- con valentía, con inteligencia y con tenacidad y

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique sum Non procealehnt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
pubblicazioni.photo@spc.va

Un seminario online organizado por la Misión permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA

Por un trabajo agrícola fundado en el respeto de la persona humana

“Nunca como en este tiempo sentimos la necesidad de trabajadores, sobre todo jóvenes, que sepan, a la luz del Evangelio, dar un alma a la economía, porque somos conscientes de que ‘a los problemas sociales se responde con redes comunitarias’ (*Laudato si'*, 219)”. Con estas palabras, inspiradas en el magisterio del Papa Francisco, Fernando Chica Arellano, Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA, concluyó el seminario online celebrado el pasado 8 de julio titulado “Trabajo decente y agricultura: para que nadie se quede atrás”. El acto, que contó con la presencia de importantes ponentes, fue organizado por la Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA y por ONG de inspiración católica.

La cuestión del trabajo decente está en el centro de la Agenda 2030 de las Naciones Unidas, cuyo objetivo es desarrollar un modelo económico más inclusivo y equilibrado. El “corazón” de la propuesta de la ONU es que la plena consecución del desarrollo sostenible debe ir acompañada de crecimiento económico, justicia social y perspectivas de empleo. La Iglesia se toma esta cuestión especialmente en serio y la ha convertido en un tema central de su doctrina social.

En sus conclusiones, Chica Arellano destacó especialmente algunos de los temas que surgieron durante el seminario web, como “las plagas del trabajo gris y negro, la desregulación desenfrenada, la explotación sexual, la violencia, la marginación, la discriminación y la falta de sistemas de protección personal, con la consiguiente precariedad de la vida y las malas condiciones sanitarias”. En particular, “la dramática condición de los trabajadores agrícolas -a menudo atrapados en la red del ‘ca-

poralato’ o explotación de jornaleros- es común a las economías de muchas zonas del planeta, incluidas las más desarrolladas”. Sobre todas estas cuestiones -volvió a recordar Chica Arellano en las conclusiones- “2021 es decisivo para la Década de Acción hacia los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la Agenda 2030 de Naciones Unidas, que precisamente se caracteriza por las cumbres y eventos de alto nivel en los que, bajo el liderazgo del Papa Francisco, la diplomacia vaticana conectará los desafíos del trabajo decente con los de la seguridad alimentaria y la nutrición que, como recordó también el Secretario General de las Naciones Unidas, António Guterres, están a su vez estrechamente relacionados con los impactos del cambio climático, la conservación de los recursos naturales, los ecosistemas y la necesidad de garantizar sistemas alimentarios justos y sostenibles”.

En referencia al sector agrícola, para la Santa Sede el objetivo primordial debe ser proteger la dignidad y los derechos de los trabajadores. Por otro lado, el Papa Francisco, desde el inicio de su Pontificado, ha dado a la palabra “dignidad” un profundo significado en su acción doctrinal y pastoral sobre el tema del trabajo. Promover la dignidad de los trabajadores agrícolas también significa apoyar una cadena agroalimentaria justa, especialmente para los pequeños productores, generando bienestar en las comunidades locales y promoviendo la cohesión social. “Juntando todas las piezas del mosaico —explicó Chica Arellano—, con referencia al sector agrícola, la Santa Sede está convencida de la necesidad de adoptar una cultura del trabajo agrícola que tenga sus fundamentos en la centralidad de la persona humana”.

Esta inspiración también la comparte Federica Cerulli Irelli, representante del FIDA. “Desde su fundación hasta hoy —subrayó Cerulli Irelli en su discurso— el FIDA ha invertido 22.000 millones de dólares y movilizado 30.000 millones de cofinanciación, ofreciendo servicios financieros, de mercado, de asistencia técnica y de formación a unos 512 millones de personas pobres de las zonas rurales y marginales del

mundo y promoviendo economías rurales inclusivas, diversificadas y productivas, capaces de crear oportunidades de trabajo decente para todos y garantizar mayores ingresos”. Actualmente “la cartera activa del FIDA es de 8.500 millones invertidos en 230 proyectos en 98 países en desarrollo. El 75% de estos proyectos se refieren al desarrollo de cadenas agroalimentarias inclusivas, equitativas y sostenibles. Con esta

inversión, el FIDA permite que 20 millones de pequeños productores rurales aumenten sus ingresos en un 20% cada año, que 16 millones aumenten su productividad, que 9 millones sean más resistentes, en particular al cambio climático, y que 17 millones tengan un mejor acceso a los mercados. Nuestra ambición es duplicar estas cifras para 2030. Un agradecimiento especial a la Santa Sede por apoyar esta ambición con una contribución inicial a los recursos ordinarios del Fondo del Ciclo de Inversión 2022-2024”.

Onofrio Rota, secretario general de la FAI Cisl, se centró en la cuestión de la explotación de jornaleros en Italia. “Según las estimaciones ministeriales -dijo- el trabajo irregular en la agricultura, que a menudo se asocia con la explotación de jornaleros, se sitúa en un valor de alrededor del 18,4%, por lo tanto superior a la tasa media de irregularidad del 15,5% referida al total de los sectores económicos nacionales”. A partir de las investigaciones realizadas, “hemos comprobado que los explotados por la patronal suelen trabajar entre 10 y 12 horas diarias, con salarios de entre 2 y 4 euros por hora”. El fenómeno “es difícil de erradicar porque a menudo hay verdaderas organizaciones criminales detrás que ofrecen a las empresas un servicio total ‘llave en mano’: transporte de los trabajadores, alojamiento, salarios, turnos, comidas. A los cabos se les ocurre todo, naturalmente con los métodos de chantaje, abuso de poder y violencia”. Para combatir todo esto, “es necesaria una visión global, dado que las finanzas y los poderes económicos han levantado muros entre los pueblos y las personas, han reavivado competencias y conflictos anacrónicos, han debilitado la política y el sentido de la historia”.



Mensaje del Papa, del arzobispos de Canterbury y del moderador de la Iglesia de Escocia a los líderes políticos de Sudán del Sur en el décimo aniversario de la independencia

Todavía queda mucho por hacer

Publicamos el mensaje conjunto –anunciado en la mañana del viernes 9 de julio– que el Papa Francisco, el arzobispo de Canterbury, Justin Welby, y el moderador de la Iglesia de Escocia, Jim Wallace, han enviado a los líderes políticos de Sudán del Sur en el décimo aniversario de la independencia del país africano.

A SUS EXCELENCIAS

LOS LÍDERES POLÍTICOS DE SUDÁN DEL SUR

Excelencias:

En este día en que se cumplen diez años de la Independencia de Sudán del Sur, os enviamos nuestros cordiales buenos deseos, conscientes de que este aniversario trae a la memoria vuestras luchas pasadas y apunta con esperanza al futuro.

Vuestra nación ha sido bendecida con un inmenso potencial y os animamos a que hagáis un esfuerzo cada vez mayor para que vuestro pueblo pueda disfrutar de todos los frutos de la independencia.

Cuando os escribimos por última vez en Navidad, rezamos para que pudierais experimentar una mayor confianza entre vosotros y ser más generosos en el servicio a vuestro pueblo. Desde entonces, nos alegramos de ver algunos pequeños avances.

Desgraciadamente, vuestro pueblo sigue viviendo en el miedo y la incertidumbre, y no confía en que su nación

pueda hacer realidad la “justicia, libertad y prosperidad” que se celebran en vuestro himno nacional. Todavía queda mucho por hacer en Sudán del Sur para dar forma a una nación que refleje el Reino de Dios, donde se respete la dignidad de todos y todos se reconcilien (cf. 2 Corintios 5).

Esto puede requerir un sacrificio personal por vuestra parte como líderes –el ejemplo de liderazgo de Cristo lo muestra claramente– y hoy queremos que sepáis que estamos a vuestro lado mientras miráis al futuro y tratáis de discernir de nuevo cómo servir mejor a todo el pueblo de Sudán del Sur.

Recordamos con alegría y agradecimiento el histórico encuentro de los líderes políticos y religiosos de Sudán del Sur en el Vaticano en 2019 y las importantes promesas formuladas en esa ocasión.

Rezamos para que esas promesas plasmen vuestras acciones, de modo que nos sea posible visitar y celebrar en persona con vosotros y vuestro pueblo, honrando vuestras aportaciones a una nación que cumpla las esperanzas del 9 de julio de 2011.

Mientras tanto, invocamos sobre vosotros y sobre todos en Sudán del Sur las bendiciones de Dios de fraternidad y paz.

FRANCISCUS
JUSTIN WELBY
JIM WALLACE

El dolor del Papa por la muerte del cardenal Monsengwo Pasinya

Al servicio de la justicia, la paz y la unidad

Publicamos el telegrama de pésame del Papa Francisco por la muerte – el pasado domingo 11 de julio – del cardenal Laurent Monsengwo Pasinya, arzobispo metropolitano emérito de Kinshasa, en la República Democrática del Congo. El mensaje pontificio fue enviado el martes 13 al cardenal capuchino Fridolin Ambongo Besungu, sucesor del difunto cardenal a la cátedra de Kinshasa.

Al tener conocimiento, con tristeza, del fallecimiento del cardenal Laurent Monsengwo Pasinya, arzobispo emérito de Kinshasa, le expreso mi más sentido pésame, así como a la familia del difunto, a los obispos auxiliares y a los fieles de las diócesis de Inongo, Kisangani y Kinshasa, de las que fue sucesivamente pastor. Pido al Padre de toda misericordia que acoja en su paz y en su luz a este exégeta, a este hombre de ciencia, a este gran hombre espiritual y a este pastor intensamente entregado al servicio de la Iglesia, allí donde fuese llamado. Atento a las necesidades de los fieles, lleno de valor y determinación, el cardenal Monsengwo dedicó su vida de sacerdote y obispo

a la inculcación de la fe y a la opción preferencial por los pobres. Así encarnó la misión profética de la Iglesia. Hombre dedicado a la justicia, la paz y la unidad, se involucró profundamente en el desarrollo humano integral de la República Democrática del Congo. El cardenal Monsengwo fue una figura grande y respetada en la vida eclesial, social y política de la nación y siempre se comprometió con el diálogo y la reconciliación de su pueblo. Su contribución ha sido significativa para el progreso del país. Colaborador fiel y cercano en los últimos años, no dejó de aportar su contribución a la vida de la Iglesia universal. Como prenda de consuelo, le impartí mi bendición apostólica a usted, a los obispos auxiliares, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a la familia del cardenal fallecido y a sus allegados, al pueblo diocesano y a todos los que participarán en la celebración del funeral.

FRANCISCO

Setenta muertos en el incendio del hospital de Nassiriya para enfermos de Covid

Irak: una tragedia en la tragedia

El Papa Francisco asegura la propia «cercanía espiritual a todos los afectados por el trágico incendio en la sala de aislamiento Covid del hospital al-Hussein de Nasiriyah», que ha provocado setenta víctimas. Lo escribe el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, en un telegrama en inglés dirigido al arzobispo Mitja Leskovar, nuncio apostólico en Irak.

«Profundamente entristecido», el Pontífice –prosigue el mensaje– «reza especialmente por los fallecidos y por el consuelo de sus familiares y amigos que lloran su pérdida», e invoca sobre los «pacientes, el personal y los cuidadores» la ben-

dición divina para que lleve «consuelo, fuerza y paz». El terrible incendio, que la noche del lunes destruyó la unidad Covid-19 del hospital, provocó también 22 heridos.

La sección tenía 70 camas. Las causas del incendio por el momento son desconocidas.

Es una tragedia en la tragedia: los casos de contagio en Irak están aumentando dramáticamente frente a un sistema sanitario con grandes dificultades.

En abril, en la capital iraquí, Bagdad, un incendio en un hospital para pacientes Covid provocó 82 muertos y 110 heridos.

En el octavo centenario de la muerte de santo Domingo (1170-1221), fundador de la Orden de los predicadores (dominicos), el Papa envió al maestro general Gerard Francisco Timoner la carta que aquí publicamos.

Al hermano Gerard Francisco Timoner, O.P.,
Maestro General de la Orden de Predicadores

Praedicator Gratiae: entre los títulos atribuidos a santo Domingo destaca el de “Predicador de la Gracia” por su consonancia con el carisma y la misión de la Orden que fundó. En este año, en el que se celebra el octavo centenario de la muerte de santo Domingo, me uno con agrado a los Frailes Predicadores para dar gracias por la fecundidad espiritual de ese carisma y de esa misión, que se manifiesta en la rica variedad de la familia dominica a lo largo de los siglos. Mi saludo de oración y mis buenos deseos se dirigen a todos los miembros de esta gran familia, que abarca la vida contemplativa y las obras apostólicas de sus monjas y hermanas, sus fraternidades sacerdotales y laicas, sus institutos seculares y sus movimientos juveniles.

En la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* expresé mi convicción de que «cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (n. 19). Domingo respondió a la urgente necesidad de su tiempo no sólo de una predicación del Evangelio renovada y vibrante, sino también, igualmente importante, de un testimonio convincente de sus llamadas a la santidad en la comunión viva de la Iglesia. En el espíritu de toda auténtica reforma, trató de volver a la pobreza y la sencillez de la primitiva comunidad cristiana, reunida en torno a los apóstoles y fiel a sus enseñanzas (cf. *Hch* 2,42). Al mismo tiempo, su celo por la salvación de las almas le llevó a constituir un cuerpo de predicadores comprometidos cuyo amor por la página sagrada y la integridad de la vida pudiera iluminar las mentes y calentar los corazones con la verdad vivificante de la palabra divina. En nuestro tiempo, caracterizado por grandes transformaciones y nuevos desa-

fíos a la misión evangelizadora de la Iglesia, Domingo puede servir de inspiración a todos los bautizados, llamados, como discípulos misioneros, a llegar a todas las “periferias” de nuestro mundo con la luz del Evangelio y el amor misericordioso de Cristo. Hablando de las líneas temporales perennes de la visión y el carisma de santo Domingo, el Papa Benedicto XVI nos recordaba que «en el corazón de la Iglesia debe arder siempre un fuego misionero» (*Audiencia general*, 3 de febrero de 2010). La gran vocación de Domingo era predicar el Evangelio del amor misericordioso de Dios en toda su verdad salvadora y su poder redentor. Como estudiante en Palencia llegó a apreciar la inseparabilidad de la fe y la caridad, la verdad y el amor, la integridad y la compasión. Como cuenta el beato Jordán de Sajonia, conmovido por las grandes multitudes que sufrían y morían durante una severa hambruna, Domingo vendió sus preciosos libros y con una bondad ejemplar instituyó una limosnería donde dar de comer a los pobres (*Libellus*, 10). Su testimonio de la misericordia de Cristo y su deseo de llevar el bálsamo que cura a los que vivían en la pobreza material y espiritual inspirarían más tarde la fundación de vuestra Orden y darían forma a la vida y al apostolado de innumerables dominicos en diferentes tiempos y lugares. La unidad de la verdad y la caridad encontró quizás su máxima expresión en la escuela dominicana de Salamanca, y en particular en la obra de Fray Francisco de Vitoria, que propuso un marco de derecho internacional enraizado en los derechos humanos universales. Esto, a su vez, proporcionó la base filosófica y teológica para el compromiso heroico de los frailes Antonio Montesinos y Bartolomé de Las Casas en América, y Domingo de Salazar en Asia, para

defender la dignidad y los derechos de los pueblos nativos.

El mensaje evangélico de nuestra inalienable dignidad humana como hijos de Dios y miembros de la única familia humana reta hoy a la Iglesia a reforzar los vínculos de amistad social, a superar las estructuras económicas y políticas injustas y a trabajar por el desarrollo integral de cada persona y pueblo. Fieles a la voluntad del Señor e inspirados por el Espíritu Santo, los seguidores de Cristo están llamados a cooperar en todos los esfuerzos para «parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz» (*Fratelli tutti*, n. 278). Ojalá la Orden de Predicadores, hoy como entonces, esté en la vanguardia de un anuncio renovado del Evangelio, capaz de hablar al corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de despertar en ellos la sed de la llegada del reino de santidad, justicia y paz de Cristo. El celo de santo Domingo por el Evangelio y su deseo de una vida auténticamente apostólica le llevaron a subrayar la importancia de la vida en común. Nuevamente, el beato Jordán de Sajonia nos dice que, al fundar su Orden, Domingo eligió significativamente «ser llamado no subprior, sino fray Domingo» (cf. *Libellus*, 21). Este ideal de fraternidad encontraría su expresión en una forma de gobierno inclusiva, en la que todos participaran en el proceso de discernimiento y toma de decisiones, de acuerdo con sus respectivas funciones y autoridades, a través del sistema de capítulos a todos los niveles. Este proceso “sinodal” permitió a la Orden adaptar su vida y su misión a contextos históricos, siempre cambiantes, manteniendo la comunión fraternal. El testimonio de la fraternidad evangélica, como testi-

monio profético del plan último de Dios en Cristo para la reconciliación en la unidad de toda la familia humana, sigue siendo un elemento fundamental del carisma dominico y un pilar del compromiso de la Orden para promover la renovación de la vida cristiana y difundir el Evangelio en nuestro tiempo.

Con san Francisco de Asís, Domingo entendió que la proclamación del Evangelio, *verbis et exemplo*, implicaba el crecimiento de toda la comunidad eclesial en la unidad fraternal y el discipulado misionero. El carisma dominico de la predicación pronto condujo a la creación de las diversas ramas de la gran familia dominica, abarcando todos los estados de vida de la Iglesia. En siglos sucesivos encontró una expresión elocuente en los escritos de santa Catalina de Siena, en las pinturas del beato Fra Angélico y en las obras de caridad de santa Rosa de Lima, el beato Juan Macías y santa Margarita de Città di Castello. Así, también en nuestra época sigue inspirando el trabajo de artistas, académicos, profesores y comunicadores. En este año de aniversario, no podemos dejar de recordar a aquellos miembros de la familia dominica cuyo martirio fue en sí mismo una poderosa forma de predicación. O los innumerables hombres y mujeres que, imitando la sencillez y la compasión de san Martín de Porres, han llevado la alegría del Evangelio a las periferias de la sociedad y de nuestro mundo. Pienso, en particular, en el testimonio silencioso que ofrecen los muchos miles de terciarios dominicos y los miembros del Movimiento Juvenil Dominicano, que reflejan el importante y de hecho indispensable papel de los laicos en la obra de evangelización. En el jubileo del nacimiento de santo Domingo a la vida eterna, quiero expresar de manera especial mi gratitud a los Frailes Predicadores por

su extraordinaria contribución a la predicación del Evangelio a través de su exploración teológica de los misterios de la fe. Al enviar a los primeros frailes a las nacientes universidades de Europa, Domingo reconoció la importancia vital de dar a los futuros predicadores una sólida y sana formación teológica basada en la Sagrada Escritura, respetuosa con las cuestiones planteadas por la razón y preparada para entablar un diálogo disciplinado y respetuoso al servicio de la revelación de Dios en Cristo. El apostolado intelectual de la Orden, sus numerosas escuelas e institutos de estudios superiores, su cultivo de las ciencias sagradas y su presencia en el mundo de la cultura han estimulado el encuentro entre la fe y la razón, alimentado la vitalidad de la fe cristiana y promovido la misión de la Iglesia de atraer las mentes y los corazones hacia Cristo. También en este sentido no puedo sino renovar mi gratitud por la historia de la Orden de servicio a la Sede Apostólica, que se remonta al propio Domingo. Durante mi visita a Bolonia hace cinco años, tuve la bendición de pasar unos momentos de oración ante la tumba de santo Domingo. Recé de manera especial por la Orden de Predicadores, implorando para sus miembros la gracia de la perseverancia en la fidelidad a su carisma fundacional y a la espléndida tradición de la que son herederos. Agradeciendo al santo todo el bien que sus hijos e hijas hacen en la Iglesia, pedí, como don especial, un aumento considerable de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Ojalá que la celebración del Año Jubilar derrame abundantes gracias sobre los Frailes Predicadores y sobre toda la Familia dominica, e inaugure una nueva primavera del Evangelio. Con gran afecto, encomiendo a todos los que participan en las celebraciones jubilaires a la amorosa intercesión de Nuestra Señora del Rosario y de vuestro patriarca santo Domingo, y os imparto de todo corazón mi bendición apostólica como prenda de sabiduría, alegría y paz en el Señor. Roma, desde San Juan de Letrán, 24 de mayo de 2021

Misa del Papa en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo

La Iglesia es creíble solo si es libre



Acompañados por el canto de «Tú es Petrus», cuatro diáconos bajaron del altar de la Confesión de la basílica vaticana para coger los palios. Era el martes por la mañana, 29 de junio, solemnidad de santos Pedro y Pablo. En el día en el que se celebraban los patronos de la ciudad de Roma, el Papa Francisco presidió la concelebración eucarística en la que bendijo las insignias litúrgicas destinadas a los arzobispos metropolitanos nombrados durante el año. De un total de 34, estaban presentes 12 para recibir el palio de manos del Pontífice. Se les impondrá en la diócesis de pertenencia el nuncio apostólico. Estaba presente también la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla, guiada por el metropolitano Emmanuel de Calcedonia, que llegaron para el tradicional intercambio de delegaciones en las fiestas de los respectivos patronos. Al finalizar la celebración, el Papa acompañado por el patriarca ortodoxo de Antioquía del patriarcado ecuménico, bajaron a la Confesión de San Pedro para una breve oración. Después, junto al patriarca y al metropolitano, se dirigieron a la estatua de san Pedro, donde se detuvieron unos instantes. Publicamos la homilía pronunciada del Pontífice.

Dos grandes Apóstoles, Apóstoles del Evangelio, y columnas de la Iglesia: Pedro y Pablo. Hoy celebramos su memoria. Observemos de cerca a estos dos testigos de la fe. En el centro de su historia no están sus capacidades, sino que en el centro está el encuentro con Cristo que cambió sus vidas. Experimentaron un amor que los sanó y los liberó y, por ello, se convirtieron en apóstoles y ministros de liberación para los demás.

Pedro y Pablo son libres sólo porque fueron liberados. Detengámonos en este punto central.

Pedro, el pescador de Galilea, fue liberado ante todo del sentimiento de inadecuación y de la amargura del fracaso, y esto ocurrió gracias al

amor incondicional de Jesús. Aunque era un pescador experto, varias veces experimentó, en plena noche, el amargo sabor de la derrota por no haber pescado nada (cf. *Lc* 5,5; *Jn* 21,5) y, ante las redes vacías, tuvo la tentación de abandonarlo todo. A pesar de ser fuerte e impetuoso, a menudo se dejó llevar por el miedo (cf. *Mt* 14,30). Si bien era un apasionado discípulo del Señor, siguió razonando según el mundo, sin ser capaz de entender y aceptar el significado de la cruz de Cristo (cf. *Mt* 16,22). Aunque decía que estaba dispuesto a dar la vida por Él, fue suficiente sentir que sospechaban que era uno de los suyos para asustarse y llegar a negar al Maestro (cf. *Mc* 14,66-72).

Sin embargo, Jesús lo amó gratuitamente y apostó por él. Lo animó a no rendirse, a echar de nuevo las redes al mar, a caminar sobre las aguas, a mirar con valentía su propia debilidad, a seguirlo en el camino de la cruz, a dar la vida por sus hermanos, a apacentar sus ovejas. De este modo lo liberó del miedo, de los cálculos basados únicamente en las seguridades humanas, de las preocupaciones mundanas, infundiéndole el valor de arriesgarlo todo y la alegría de sentirse pescador de hombres. Y lo llamó precisamente a él para que confirmara a sus hermanos en la fe (cf. *Lc* 22,32). A él le dio como hemos escuchado en el Evangelio las llaves para abrir las puertas que conducen al encuentro con el Señor y el poder de atar y desatar: atar los hermanos a Cristo y desatar los nudos y las cadenas de sus vidas (cf. *Mt* 16,19). Todo esto fue posible sólo porque como nos dice la primera lectura Pedro fue el primero en ser liberado. Se rompieron las cadenas que lo tenían prisionero y, al igual que había ocurrido en la noche que los

israelitas fueron liberados de la esclavitud en Egipto, se le pidió que se levantara rápidamente, que se pusiera el cinturón y se atara las sandalias para poder salir. Y el Señor le abrió las puertas de par en par (cf. *Hch* 12,7-10). Es una nueva historia de apertura, de liberación, de cadenas rotas, de salida del cautiverio que encierra. Pedro tuvo la experiencia de la Pascua: el Señor lo liberó.

También el apóstol Pablo experimentó la liberación de Cristo. Fue liberado de la esclavitud más opresiva, la de su ego. Y de Saulo, el nombre del primer rey de Israel, pasó a ser Pablo, que significa “pequeño”. Fue librado también del celo religioso que lo había hecho encarnizado defensor de las tradiciones que había recibido (cf. *Gal* 1,14) y violento perseguidor de los cristianos. Fue liberado. La observancia formal de la religión y la defensa a capa y espada de la tradición, en lugar de abrirlo al amor de Dios y de sus hermanos, lo volvieron rígido: era un fundamentalista. Dios lo libró de esto, pero no le ahorró, en cambio, muchas debilidades y dificultades que hicieron más fecunda su misión evangelizadora: las fatigas del apostolado, la enfermedad física (cf. *Ga* 4,13-14), la violencia, la persecución, los naufragios, el hambre y la sed, y —como él mismo contaba— una espina que lo atormentaba en la carne (cf. *2 Co* 12,7-10).

Así, Pablo comprendió que «Dios eligió lo débil del mundo para confundir a los fuertes» (1 *Co* 1,27), que todo lo podemos en aquel que nos fortalece (cf. *Flp* 4,13), que nada puede separarnos de su amor (cf. *Rm* 8,35-39). Por eso, al final de su vida como nos dice la segunda lectura Pablo pudo decir: «el Señor me asistió» y «me seguirá li-

brando de toda obra mala» (2 *Tm* 4,17). Pablo tuvo la experiencia de la Pascua: el Señor lo liberó.

Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia mira a estos dos gigantes de la fe y ve a dos Apóstoles que liberaron la fuerza del Evangelio en el mundo, sólo porque antes fueron liberados por su encuentro con Cristo. Él no los juzgó, no los humilló, sino que compartió su vida con afecto y cercanía, apoyándolos con su propia oración y a veces reprendiéndolos para moverlos a que cambiaran. A Pedro, Jesús le dice con ternura: «He rogado por ti para que no pierdas tu fe» (*Lc* 22,32), a Pablo le pregunta: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Hch* 9,4). Jesús hace lo mismo con nosotros: nos asegura su cercanía rezando por nosotros e intercediendo ante el Padre, y nos reprende con dulzura cuando nos equivocamos, para que podamos encontrar la fuerza de levantarnos y reanudar el camino.

Tocados por el Señor, también nosotros somos liberados. Siempre necesitamos ser liberados, porque sólo una Iglesia libre es una Iglesia creíble. Como Pedro, estamos llamados a liberarnos de la sensación de derrota ante nuestra pesca, a veces infructuosa; a liberarnos del miedo que nos inmoviliza y nos hace temerosos, encerrándonos en nuestras seguridades y quitándonos la valentía de la profecía. Como Pablo, estamos llamados a ser libres de las hipocresías de la exterioridad, a ser libres de la tentación de imponernos con la fuerza del mundo en lugar de hacerlo con la debilidad que da cabida a Dios, libres de una observancia religiosa que nos vuelve rígidos e inflexibles, libres de vínculos ambiguos con el poder y del miedo a ser incomprensidos y atacados.

Pedro y Pablo nos dan la imagen de una Iglesia confiada a nuestras manos, pero conducida por el Señor con fidelidad y ternura es Él quien guía a la Iglesia; de una Iglesia débil, pero fuerte por la presencia de Dios; la imagen de una Iglesia liberada que puede ofrecer al mundo la liberación que no puede darse a sí mismo: liberación del pecado, de la muerte, de la resignación, del sentimiento de injusticia, de la pérdida de esperanza, que envilece la vida de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo.

Preguntémonos hoy, en esta celebración y después de ella, preguntémonos, ¿cuánta necesidad de liberación tienen nuestras ciudades, nuestras sociedades, nuestro mundo? ¡Cuántas cadenas hay que romper y cuántas puertas con barrotes hay que abrir! Podemos ser colaboradores de esta liberación, pero sólo si antes nos dejamos liberar por la novedad de Jesús y caminamos en la libertad del Espíritu Santo.

Hoy nuestros hermanos arzobispos reciben el palio. Este signo de unidad con Pedro recuerda la misión del pastor que da su vida por el rebaño. Dando su vida, el pastor, liberado de sí mismo, se convierte en instrumento de liberación para sus hermanos. Hoy nos acompaña la Delegación del Patriarcado Ecuménico, enviada para esta ocasión por nuestro querido hermano Bartolomé: vuestra grata presencia es un precioso signo de unidad en el camino de liberación de las distancias que dividen escandalosamente a los creyentes en Cristo. Gracias por vuestra presencia.

Rezamos por vosotros, por los pastores, por la Iglesia, por todos nosotros para que, liberados por Cristo, seamos apóstoles de liberación en el mundo entero.

El aceite y el perfume de la reconciliación postpandemia

MARCELO FIGUEROA

El Papa Francisco, en su mensaje en el Ángelus desde el Hospital Gemelli, comentando el texto del Evangelio del día expresó que: «narra que los discípulos de Jesús, enviados por Él, “ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban» (Mc 6,13) este “aceite» nos hace pensar también en el sacramento de la Unción de los enfermos, que da consuelo al espíritu y al cuerpo. Pero este “aceite» es también la escucha, la cercanía, la atención, la ternura de quien cuida a la persona enferma: es como una caricia que hace que nos sintamos mejor, que calma el dolor y anima. Todos nosotros, todos, necesitamos tarde o temprano, esta “unción», la cercanía y la ternura, y todos podemos dársela a alguien, con una visita, una llamada telefónica, una mano tendida a quien necesita ayuda». En ese mismo texto del Evangelio (Mc 6,7-13) se hace referencia a una búsqueda que los Doce debían realizar por mandato de Jesús. Se trataba de un alojamiento amigable y hospedador: «Permanezcan en la casa donde les den alojamiento» (Mc 6,10). En las palabras mencionadas aquel domingo, el Santo Padre también dejó constancia de su sanador y ungido hospedaje en ese centro de salud. De alguna manera, ese aceite sanador dentro de una hospitalidad ungida de caridad que invite a permanecer, son dos símbolos del cuidado y la ternura necesarios para calmar y sanar la enfermedad.

A pesar de que gran parte del planeta sigue sufriendo enfermedad y muerte a causa de la pandemia, en una parte de éste, las vacunas están permitiendo que las personas puedan retomar algo de sus vidas habituales. Esto sucede dentro de lo que se ha dado en llamar “nueva normalidad”, lo que traduce en una vida parecida a la que se tenía antes de la pandemia. ¡Las vacunas han sido un logro científico inmenso

que han salvado millones de vidas y permitido alcanzar esta “normalidad” Significaron un óleo fresco, un perfume de sanidad y unas gotas de esperanza para un mundo enfermo. Las vacunas logran que el organismo obtenga los anticuerpos necesarios para enfrentar el ataque de ese enemigo silencioso llamado Covid-19. No inmunizan al contagio, pero hacen que sea leve o asintomático. Grandes gestos de soli-

ponente vector de un antídoto sanador planetario. Necesitamos como humanidad que ese óleo sanador tenga los efectos de una vacuna que genere los anticuerpos para sanarnos del individualismo, la indiferencia, el egoísmo y la cultura del desencuentro. Ante esto tenemos enormes riesgos: Que la “nueva normalidad» que se avecina nos tiente a creernos inmunizados de nuestras falencias, nos haga asinto-

Algunos elementos del texto bíblico citado por el Papa Francisco en aquel Ángelus nos llevan a una escena muy importante del Evangelio y que contiene algunos elementos similares. Se trata de la iniciativa de mujer que derramó el perfume sobre Jesús en la casa de Simón (Mt 26,6-13). El lugar del encuentro se da en Betania, probablemente en la casa de Simón, María y Marta. Se trataba de un alojamiento ami-

guramente María, hermana de Marta- no duda en vaciar sobre la cabeza de Jesús un valioso perfume. Los discípulos objetaron ese acto de desapego con argumentos ciertos de pobreza actual pero desacertados en la comprensión de los tiempos y los espacios. Jesús les recuerda que luego de ese acto, al que califica como una hermosa obra que será recordada en cualquier parte del mundo donde se predique este Evangelio, el mundo seguirá girando igual de injusto. A ese apacible ambiente donde recibían todas las medicinas de la amistad fraternal, les esperaba una nueva normalidad repleta de, pobreza, conflicto, injusticia y enfermedad. «A los pobres siempre los tendrán con ustedes» (Mt 26,11), sigue sonando como una advertencia hoy, para no caer en el microclima autoinmune y antisocial. Resulta aleccionador pensar en que luego de la escena y el acto narrado, solamente dos personas tenían en su cuerpo el olor al perfume del amor, del óleo de la reconciliación y de la vacuna de la sanación de un mundo sufriente: Jesús y la mujer. En ella probablemente tengamos hoy el símbolo de lo que necesitamos ser: una nueva humanidad donde la normalidad sea llevar con nosotros el óleo del Espíritu de la ternura, el perfume del Cristo de la paz y la hospitalidad de un Padre misericordioso que nos cobija como fraternidad sanadora.

Roguemos por todo esto en las palabras del Papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*: «Pido a Dios que prepare nuestros corazones al encuentro con los hermanos más allá de las diferencias de ideas, lengua, cultura, religión; que unja todo nuestro ser con el aceite de la misericordia que cura las heridas de los errores, de las incomprensiones, de las controversias; la gracia de enviarnos, con humildad y mansedumbre, a los caminos, arriesgados pero fecundos, de la búsqueda de la paz» (FT #254)



daridad y cuidado se han destacado en estos tiempos tan difíciles, y esto ha sido algo muy valioso. Muchos centros de salud y de asistencia han ofrecido el ambiente amigable dejando tras de sí el aroma sanador del cuidado y la ternura. Frente a esta posibilidad de vivir en un mundo postpandemia o “normal», tenemos una gran oportunidad confrontado a un enorme riesgo. Los valores que hemos encontrado en estos tiempos como el de la salud pública, el sentido profundo de la solidaridad, la necesidad de una cultura del cuidado, y la interconectividad de todos los seres humanos deben significar el com-

máticos ante el dolor del otro, inhospitalarios de ternura o inodoros del perfume de la cercanía. Porque el mundo sigue enfermo, no solo de pandemia, sino de pobreza, exclusión, desencuentros y violencia. ¡Necesitamos la nueva normalidad de “nuevos caminos de reencuentro”! Palabras éstas extraídas del título del séptimo Capítulo de *Fratelli tutti*, que comienza exhortando con estas palabras: «En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia» (FT #225).

gable para Jesús, un lugar confiable y acogedor en medio de una ciudad y un ambiente que le eran hostiles. Ese espacio de armoniosa fraternidad alrededor de Jesús, a la que él mismo llevaba a sus discípulos cercanos, fue un adelanto simbólico de una fraternidad amigable y sanadora. ¡Cuánto necesitamos buscar, construir, descubrir y ampliar como hermanos una comunidad de fraternidad que nos sane desde la hospitalidad y la ternura! Una hospitalidad que nos sirva de hospital de campaña donde recibir el óleo fresco de la medicina del amor y a oler el perfume de la amistad humana. Por ello, la mujer -se-